

CAPITULO



CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

8



La época
de
Rosas
y el
romanticismo

CAPITULO

la historia de la literatura argentina

8. La época de Rosas y el romanticismo

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Félix Weinberg, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 9:

ECHEVERRIA Y LA REALIDAD NACIONAL *Federacion*

- ECHEVERRIA Y EL PAIS DONDE ACTUA
- UNITARIOS Y FEDERALES
- VIAJE A PARIS
- CONTRA ROSAS EN EL EXILIO
- LAS OBRAS: EL MATADERO, LA CAUTIVA, EL DOGMA SOCIALISTA
- LA INSURRECCION DEL SUD
- OBJECIONES A LA OBRA DE ECHEVERRIA

y junto con el fascículo, un libro que comprenderá **EL MATADERO, LA CAUTIVA** (completos), y una selección de otras obras representativas de Echeverría



ó

puerte.

La época de Rosas y el romanticismo

La dictadura y el periodismo. —

La caída del gobierno nacional de Rivadavia (1827) abrió un paréntesis de inestabilidad política en todo el país. Sucesos posteriores, como la sublevación de Lavalle contra el gobernador bonaerense Dorrego y la campaña del general Paz en las provincias interiores, llevaron a la Argentina al borde de la guerra civil. La firma de una serie de pactos interprovinciales determinaron la organización de dos bloques políticos enfrentados y dispuestos a la lucha armada. Unitarios en el interior y federales en el litoral —de acuerdo con las áreas donde impusieron respectivamente su dominio— pretendían para la Nación forzar sendas soluciones definitivas en el ámbito institucional. Junto con los nombres antes mencionados adquieren en esos momentos amplia notoriedad pública los de Juan Facundo Quiroga, Estanislao López y Juan Manuel de Rosas.

Los acontecimientos, sin embargo, tuvieron un desenlace inesperado. La fracción unitaria fue derrotada primero en Buenos Aires (1829) y luego se desintegró en el interior, al caer Paz prisionero en 1831. Los dirigentes vencidos se vieron obligados a huir al exilio. Los acompañó una larga serie de personalidades comprometidas con el fracasado intento. Rosas asumió el gobierno de Buenos Aires en 1829. No habría de transcurrir mucho tiempo para que todas las provincias se vistieran uniformemente con la divisa federal.

Estos graves sucesos tuvieron honda repercusión en la vida cultural del país y muy particularmente en la de Buenos Aires, que es donde se desarrolló con mayor amplitud, riqueza y vigor.

Las actividades intelectuales —literarias, artísticas, científicas— tenían en el periodismo una tribuna abierta para la difusión y el debate. Era el único medio por el cual los hombres ilustrados dialogaban ante el pueblo.

La libertad de prensa aseguraba la espontánea honestidad de ese diálogo, que solamente se resentía o quebraba cuando la acción política salía de cauce y el peligroso torrente se abalanzaba sobre la sociedad toda. Si se tiene presente que en aquellos tiempos la abrumadora mayoría de los dirigentes políticos (hombres públicos) se desempeñaban además como periodistas (escritores públicos), se comprenderá que, al desaparecer virtualmente el partido unitario, desapareciera también la prensa unitaria. Y como no se concebía más periodismo que el militante, el que sobrevivió fue federal, con matices diversos, es cierto, pero federal al fin. El desborde de pasiones hizo que las hojas doctrinarias cedieran el paso a una caótica exaltación del pasquinismo, que se colige hasta por los nombres: *El Torito de los Muchachos*, *La Bruja*, *La Lechuza*, *Don Gerundio Pincha Ratas*, *La Viuda de un Pastelero*, *El Escarmiento de un Unitario*, *El Rompe Cabeza*, *El Loco Machuca Batatas*, *El Carancho*... Sólo se pueden exceptuar *El Lucero* (1829-1833), dirigido por Pedro de Angelis; *El Clasificador o Nuevo Tribuno* (1830-1832), de Pedro F. Cavia; ambos federales. Y unas pocas hojas de fugaz prédica liberal: *El Amigo del País* (1833), de Angel Navarro; *El Constitucional* (1833), de Miguel Valencia. A partir de ahí quedó dominando el horizonte periodístico *La Gaceta Mercantil*, que, acompañada por unos pocos órganos más, sería ante el país y el extranjero la exclusiva expresión de la política rosista.

Los desterrados. — Se ha dicho ya que en 1829 se produjo la proscripción de los ciudadanos de filiación unitaria. Sería la primera de una serie sucesiva de expatriaciones de exclusiva motivación política. En 1833 se fueron varios elementos liberales, y en 1835 los federales disidentes. Tres años más tarde comenzarían a

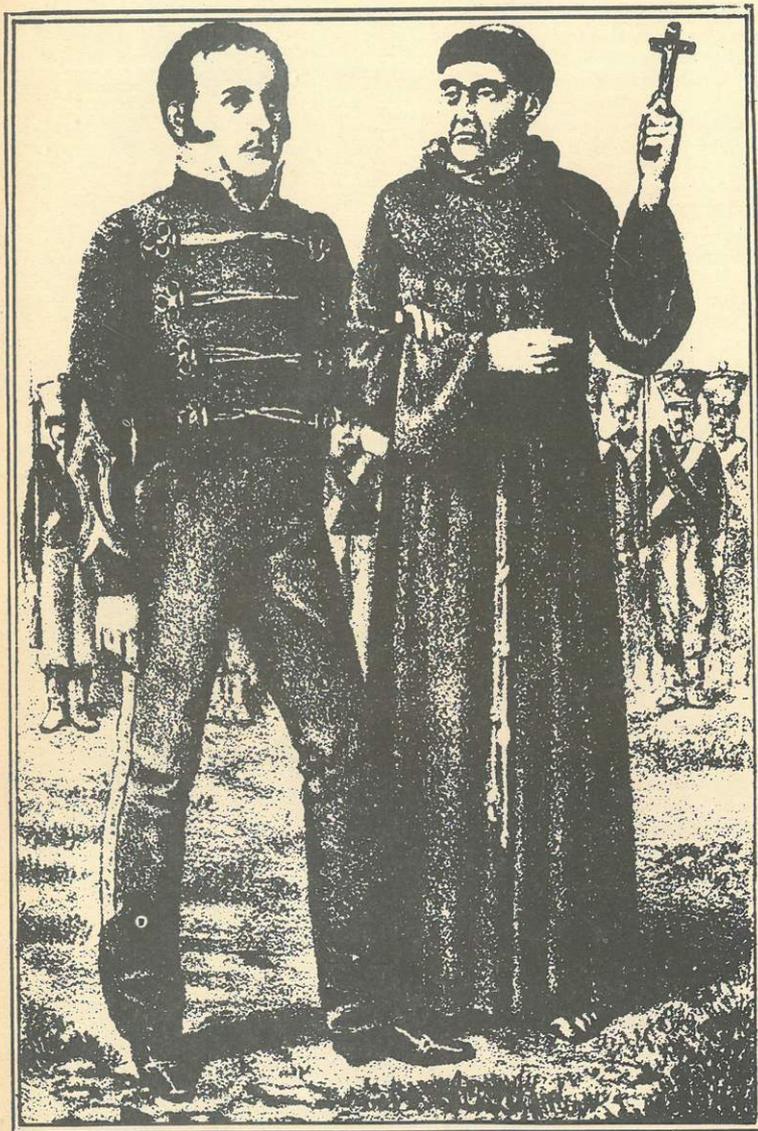


Juan Manuel de Rosas



Facundo Quiroga

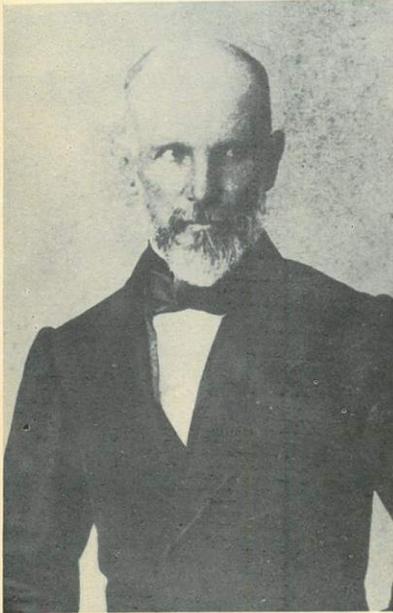
La caída del gobierno de Rivadavia, las posteriores luchas entre unitarios y federales y, finalmente, la toma del poder por Rosas, inauguran un turbulento período de nuestra historia, cuya trama habrá de influir en la cultura y las letras de la Nación.



Dorrego marchando al patíbulo (grabado de un libro de la época)

abandonar el país otros compatriotas, de quienes habrá que ocuparse más adelante. Casi todos ellos —a partir de 1829— buscaron asilo en el Uruguay, que para unos y por muchos años fue residencia permanente, y para otros apenas la primera etapa de un exilio que los dispersaría por Brasil, Chile, Bolivia y Perú.

La oposición fue acallada, primero por coerción y luego por drástica prohibición. Al asumir Rosas el gobierno de Buenos Aires por segunda vez, en 1835, las medidas represivas adoptadas significaron en la práctica la liquidación de toda actividad política adversa. Cuando llegó el crítico año 1840, la intolerancia oficial se excedió a sí misma al consentir vejámenes y hasta crímenes por parte de sus adictos, y en especial por una organización de tipo policial, la Sociedad Popular Restauradora, que se encargó por mucho tiempo de sembrar el temor —y el terror— en las calles. Si bien el endurecimiento del rosismo aparecía justificado por el bloqueo e intervención de la escuadra francesa (desde 1838), que colaboraba con la expedición militar que los expatriados argentinos habían organizado en Montevideo y puesto al mando de Lavalle, ello seguramente no explicaba la perduración, a lo largo de años, de actitudes y medidas transitorias —acaso uno de los signos distintivos del régimen—, cuando ya aquellas situaciones ocasionales habían sido conjuradas por las autoridades bonaerenses. Más acentuadamente que nunca en nuestra historia, el vendaval de pasiones desatadas avasalló sistemáticamente el ejercicio de la libertad con el pretexto de asegurarla. Solamente comerciantes —nativos y extranjeros—, ganaderos vinculados al régimen —la estancia dependía decisivamente del saladero y éste era monopolizado por Rosas y sus allegados—, y el pobrerrío hábilmente utilizado, podían soportar el nuevo clima que imperaba en Buenos Aires.



MARCOS SASTRE (1808-1887). Aunque nació en Montevideo y vivió durante algún tiempo allí, Sastre es, por adopción, una figura argentina a partir de 1833. Educador y pintor, hace célebre su Librería Argentina, donde en 1837 funcionará el Salón Literario, centro de reunión de la juventud estudiosa de Buenos Aires. Después de la disolución de esta entidad Sastre se consagra a la pasión de su vida: la educación. Actuó en escuelas de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos. Escribió también en varios periódicos de la época. Fue director de la Biblioteca Pública y vocal del Consejo Nacional de Educación. Tuvo una prolífica producción bibliográfica, entre la cual se destaca la de carácter didáctico: El Tempe Argentino; La educación popular en Buenos Aires; Anagnosis; Ortografía completa; Guía del preceptor; Selección de lecturas para niños.

complemento necesario de la libertad individual”, escribió Vitet. O como lo precisó mejor aún Víctor Hugo: “El romanticismo, si se lo considera en su aspecto militante, no es otra cosa que el liberalismo en literatura”. Y si se tiene en cuenta el crecimiento en el viejo mundo de las luchas sociales —que engendraba la industrialización— protagonizadas por las clases laboriosas, que buscaban ya no sólo mejores condiciones de vida sino emanciparse definitivamente de la miseria, se comprenderá que quienes eran consecuentes con las formulaciones liberales no podían permanecer insensibles a esos reclamos de sus semejantes. No extraña, pues, que muchos escritores y poetas —como Hugo y Heine— identificados por convicción y con pasión con las ansiedades y anhelos populares llegaran a abrazar doctrinas más radicales, precursoras del socialismo moderno. El romanticismo literario adquirió una dimensión social (romanticismo social) que, si bien no fue transitada por muchos hombres de letras, revela la enorme trascendencia que podía implicar el compromiso.

La renovación intelectual del romanticismo abría insospechados horizontes, que trascendían por cierto los puramente literarios. La solidaridad con las luchas populares, la exaltación de lo nacional y la fe ilimitada en el progreso de la humanidad constituían de por sí toda una revolucionaria concepción de la vida durante la primera mitad del siglo XIX. Echeverría trajo a nuestro país ese contagioso entusiasmo del romanticismo. Su acción, en este sentido, será estudiada aparte y en forma particular. Por ahora, es preciso señalar que, junto con Alberdi y Gutiérrez, no dejó de buscar el apoyo de los estudiantes universitarios.

A partir de 1835 la Universidad se había resentido notoriamente al pretender el gobierno alinearla en la política oficial. Los estudiantes y los

profesores hicieron, no obstante, lo indecible para mantener la independencia y el decoro de los estudios. De todos modos, para obtener la graduación doctoral en todas las facultades (departamentos, según la denominación de la época) se requería acreditar ser adicto a “la causa nacional de la Federación” (Decreto del 27 de enero de 1836). Como los jóvenes egresados —algunos de cuyos nombres veremos más adelante— no eran por cierto unitarios, y hasta 1838 no exteriorizaron su hostilidad al gobierno, no sintieron en el ínterin impedimento alguno en acatar esa exigencia.

Tras varios intentos precursores de organización —entre ellos el más recordable fue la Asociación de Estudios Históricos y Sociales, de efímera vida allá por 1833—, surgió en 1837 el Salón Literario, del que fue entusiasta impulsor otro joven, Marcos Sastre, comerciante en libros, quien al efecto prestó su casa.

El Salón Literario. —En junio de 1837 abrió sus puertas el Salón con un acto público de singulares contornos por el número, calidad y disposición de ánimo de la concurrencia. Era evidente que la institución venía a llenar un vacío en la vida cultural de Buenos Aires y aun del país, porque entre sus socios, en su mayoría estudiantes de la Universidad —los más de la Facultad de Derecho—, encontramos no sólo porteños sino también oriundos del interior. Coviene recordar algunos nombres: Manuel J. Quiroga Rosas, Juan Thompson, Félix Frías, Vicente F. López, Carlos Tejedor, Enrique, de la Fuente, Luis L. Domínguez, Pastor Obligado, José Barros Pazos, Andrés Somellera, Miguel Estévez Saguí, Gervasio A. Posadas, Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña... La pequeña burguesía argentina, todavía desarticulada, exteriorizando su preocupación por el destino del país, buscaba canales para expresarse.

En el acto inaugural hablaron Sartre, Alberdi y Cutiérrez, quienes con impetuosa juventud, como era previsible, abordaron varios problemas relativos a la insuficiencia de nuestro desarrollo cultural.

Conviene destacar que al principio prestaron su colaboración a las actividades del Salón, Vicente López, Pedro de Angelis y Felipe Senillosa, seguramente las únicas figuras intelectuales de relevancia que vivían en Buenos Aires. Aunque empresa de muchachos, ellos entendieron que no podían restar al Salón su madura experiencia. Pero pronto, por diversos motivos, se alejaron. Y los jóvenes no se arredraron y continuaron leyendo, discutiendo y programando para el futuro. Las obras de Cousin, Guizot, Lerminier, Quinet, Villemain, Saint Simon, Leroux, Lamennais, Mazzini, Tocqueville, entre tantos otros, a través de libros y artículos periodísticos, ofrecían un complejo y apasionante mundo de inquietudes filosóficas, sociales, históricas, políticas, etc., que por su diversidad y gracias a ella, les permitió integrar una elaboración doctrinaria original. Al cabo de varios meses culminaron las actividades del Salón Literario con una serie de disertaciones que pronunció Echeverría, donde hizo un minucioso inventario de los factores negativos culturales y socio-económicos que frenaban el progreso nacional, y verificó el divorcio tremendo entre los propósitos transformadores de la Revolución de Mayo y la agobiante realidad, perduración de la Colonia. Y al señalar el puente ideológico que siempre nos liga a Europa, puntualizó que no se trataba de adoptar premisas extrañas sino de adaptarlas a nuestra específica peculiaridad nacional.

En cuanto a la literatura, sostuvo que la misma no puede desentenderse del medio social que la engendra. Era enemigo de poemas y prosas que no dejan rastro alguno en el corazón



Soldados de Rosas (óleo de Juan Camaña)



Felipe de Senillosa
(retrato de C. E. Pellegrini)

ni en el sentimiento. Siguiendo estas huellas dirá a su vez Alberdi que la literatura debe atender "al fondo más que a la forma del pensamiento, a la idea más que al estilo, a la belleza útil más que a la belleza en sí". Quedaban echadas entre nosotros las bases del compromiso del intelectual para contribuir a transformar la sociedad. Conscientemente toda la literatura romántica fue milicia. Echeverría, en 1837, se consagró como el orientador de una generación, y esto se pondrá de relieve cuando en esta Historia se lo estudie detenidamente. Hay que consignar que en su tiempo el Salón suscitó reacciones diversas. Desde las de mera y petulante burla —caso de Angelis, por cuya pluma hablaba Rosas— hasta las gravemente preocupadas —Florencio Varela, exiliado en Montevideo—, los jóvenes debieron afrontar severas críticas que se referían al carácter de sus lecturas, de sus escritos, de sus planes.

Florencio Varela —aunque por edad pertenecía a esa generación, estaba solidariamente identificado con la precedente, rivadaviana— expuso su aflicción. Un hombre formado en el neoclasicismo no podía admitir esas rebeldías precoces que aspiraban a dejar a un lado a los viejos unitarios que creían monopolizar la cultura del país. Por su boca una generación juzgaba a otra: ésta, a su criterio, debía limitarse a estudiar y a respetar la madurez de sus mayores.

Alberdi y Gutiérrez respondieron que había que persistir en el camino emprendido y que no debía preocupar mayormente la fama de los liberales viejos, pues ésta había prescripto hacia tiempo. Comenzaba entonces una polémica —larga y fructuosa— entre dos generaciones argentinas, que disentan en lo cultural y también en lo político, social, económico e institucional. El debate se prolongaría por años, como ya veremos más adelante.

Otra faceta abierta en el Salón Lite-

rario fue la crítica a la herencia americana de España. Se hizo allí un implacable y sombrío inventario de nuestro déficit cultural. Varios artículos aparecieron en los diarios de la época para replicar estos planteos que, a su entender, significaban una temeraria negación de toda la producción de las letras españolas. Haciendo abstracción de las generalizaciones apresuradas que evidentemente se deslizaron en la tribuna del Salón, lo notorio es que cuanto se proponían señalar allí era la necesidad de lograr la independencia cultural como complemento indispensable de la soberanía política conquistada en los campos de batalla. Sobrevivían aún tradiciones, costumbres, cultura, legislación, instituciones, de la época colonial. La primera etapa de una reorientación por nuevos cauces de nuestra vida intelectual implicaba un análisis crítico que iluminaría convenientemente la ulterior tarea de construcción sobre bases nuevas y auténticamente nacionales. Se ha endilgado injustamente a los jóvenes del Salón una actitud obcecadamente antihispana. Ellos se rebelaban, en realidad, contra una tradición colonial y colonialista que hacía padecer incluso a la propia España, relegada entonces a una situación menos que secundaria entre los grandes países. Pero como aun en la misma península se levantaban voces contra ese orden de cosas tradicional y anquilosado —donde subyacía la medievalidad—, los jóvenes argentinos se mostraban solidarios con el movimiento de la llamada "Joven España", que pugnaba también allí por la renovación y la libertad. Mariano José de Larra, el malogrado fustigador de tantos vicios hispanos, ejerció en el Río de la Plata una enorme influencia. Al fin y al cabo —herencia colonial— esos vicios eran comunes con los nuestros. ¿Fueron afrancesados los integrantes de la generación de 1837? Esta es

otra discutible apreciación. Si España nada podía ofrecernos para nuestra regeneración, lo natural era buscar estímulos en otras fuentes. Recuérdese que el romanticismo ingresó en la madre patria también procedente de Francia y aun con retardo de unos años en relación con el Río de la Plata. ¿Y quién podrá negar que desde el siglo XVIII Francia era un verdadero arsenal ideológico para toda la humanidad? Los hombres de la generación de Mayo y los de la época rivadaviana también abrevaron allí, de modo que los jóvenes del Salón eran consecuentes con una línea cultural nacida con la propia nacionalidad. Pero, eso sí, Echeverría en particular se encargó de subrayar que las ideas recibidas —en un mundo interdependiente las ideas pertenecen a la universalidad— son simples instrumentos o guías que deben ser racionalmente incorporadas según las condiciones de nuestro propio estado de cosas. Lo universal también nos pertenece y hace su propio aporte para forjar lo nacional. “Hay que tener un ojo puesto en la inteligencia europea —escribió— y el otro clavado en las entrañas de la patria.”

El periódico La Moda. —La tribuna del Salón Literario quería también ganar la calle. Fracasado un intento de publicar un órgano periodístico, *El Semanario de Buenos Aires*, no se desanimaron y unos meses después, el 18 de noviembre de 1837, lograron editar *La Moda*. Esta hoja semanal tenía por verdadero animador a Alberdi, quien con habilidad el título despistaba a los timoratos — hizo de ella un baluarte para la difusión de las nuevas ideas. Entre los colaboradores anotamos los nombres de Rafael J. Corvalán —su ostensible editor—, Gutiérrez, Jacinto Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Vicente F. López, y otros. Los artículos de crítica social y sátira de costumbres de Alberdi, que firmaba *Figa-*

rillo —homenaje de admiración a Fíguro, seudónimo del literato español Larra, hacia poco desaparecido—, fueron acaso lo más celebrado de *La Moda*. Incluía además cada número una partitura musical con canciones cuyas letras pertenecían también al grupo juvenil. Llegó a tirar 23 números hasta su desaparición en abril de 1838.

No debe creerse que los jóvenes de *La Moda* actuaron en una oposición franca contra Rosas. Por el contrario, Alberdi, especialmente, hizo innúmeros esfuerzos por lograr que Rosas viera con simpatía a los jóvenes, dispuestos generosamente a aportar sus luces a un orden no ilustrado. Todo fue inútil. La perspicacia del dictador se sobrepuso a la ingenuidad de esos planes. Si bien Echeverría no se forjó nunca ilusiones acerca de lo que Rosas realmente significaba para el país, Alberdi demoró algún tiempo en verificarlo. Las lisonjas dispensadas en diversas oportunidades en el transcurso de 1837 y aun a principios de 1838 por el joven tucumano al gobernador del cintillo punzó —en el Salón, en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, en *La Moda*—, sólo sirvieron a la postre para crearle equívocos que un par de años después, en Montevideo, se vio precisado a aclarar y explicar, en el curso de una sonada polémica.

Conviene puntualizar también, ya que de periodismo se trata, que con anterioridad a *La Moda*, y más acentuadamente entre 1834 y 1837, varios jóvenes habían utilizado las columnas del *Diario de la Tarde* y de la revista literaria *El Recopilador*, donde dieron a conocer trabajos de crítica y traducciones de escritores románticos europeos.

El Salón Literario, mientras tanto, había sido clausurado al cabo de sólo seis meses de vida, porque las autoridades —Rosas— entendieron que quienes allí concurrían se extralimitaban al estudiar problemas públicos



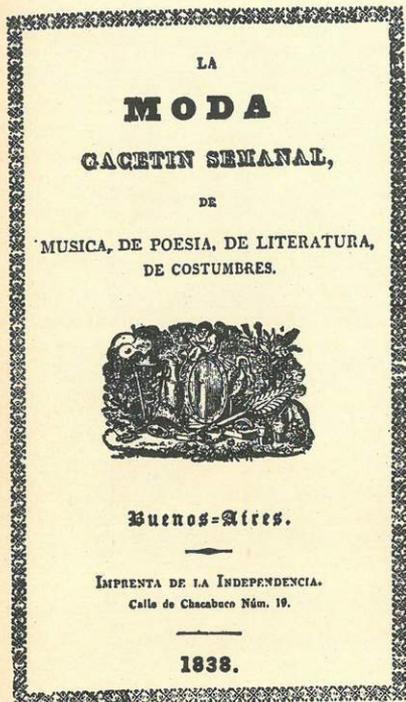
Ventura de la Vega

Un poeta español de Buenos Aires

Las letras españolas del siglo XIX registran entre sus nombres más notorios uno que pertenece a un argentino. Se trata de Ventura de la Vega (1807-1865), nacido en Buenos Aires pero trasladado a España desde su infancia. Se destacó allí como poeta y dramaturgo, y fue miembro de la Real Academia Española. Cronológicamente, su nombre debe computarse entre los miembros de la primera generación romántica argentina. Y si bien no regresó nunca al suelo natal, no se desentendió nunca de su destino, como consta en algunos de sus versos y sus prosas. Así, por ejemplo, el famoso autor de *El hombre de mundo* y *La muerte de César*, cantó también la nostalgia por su tierra y el orgullo de haber nacido en ella:

Orgullosa me sentía
De mi sangre americana...

El órgano periodístico del Salón Literario fue “La Moda”, publicación editada por Rafael J. Corvalán, y cuya alma máter fue Alberdi. No era aún un periódico antirrosista, pues los jóvenes escritores trataron —en esos años de 1837 y 1838— de acercarse de algún modo al gobierno federal.



Portada del periódico “La Moda”, editado por Rafael J. Corvalán

y no circunscribirse a lo específicamente literario.

Mirada con perspectiva no hay duda de que fue aquella una cita histórica. Y el comienzo de un rumbo argentino nuevo. La posteridad ha denominado “generación de 1837” a esa juventud que en el Salón se encontró con la palpitante realidad del país y se dispuso a transformarla.

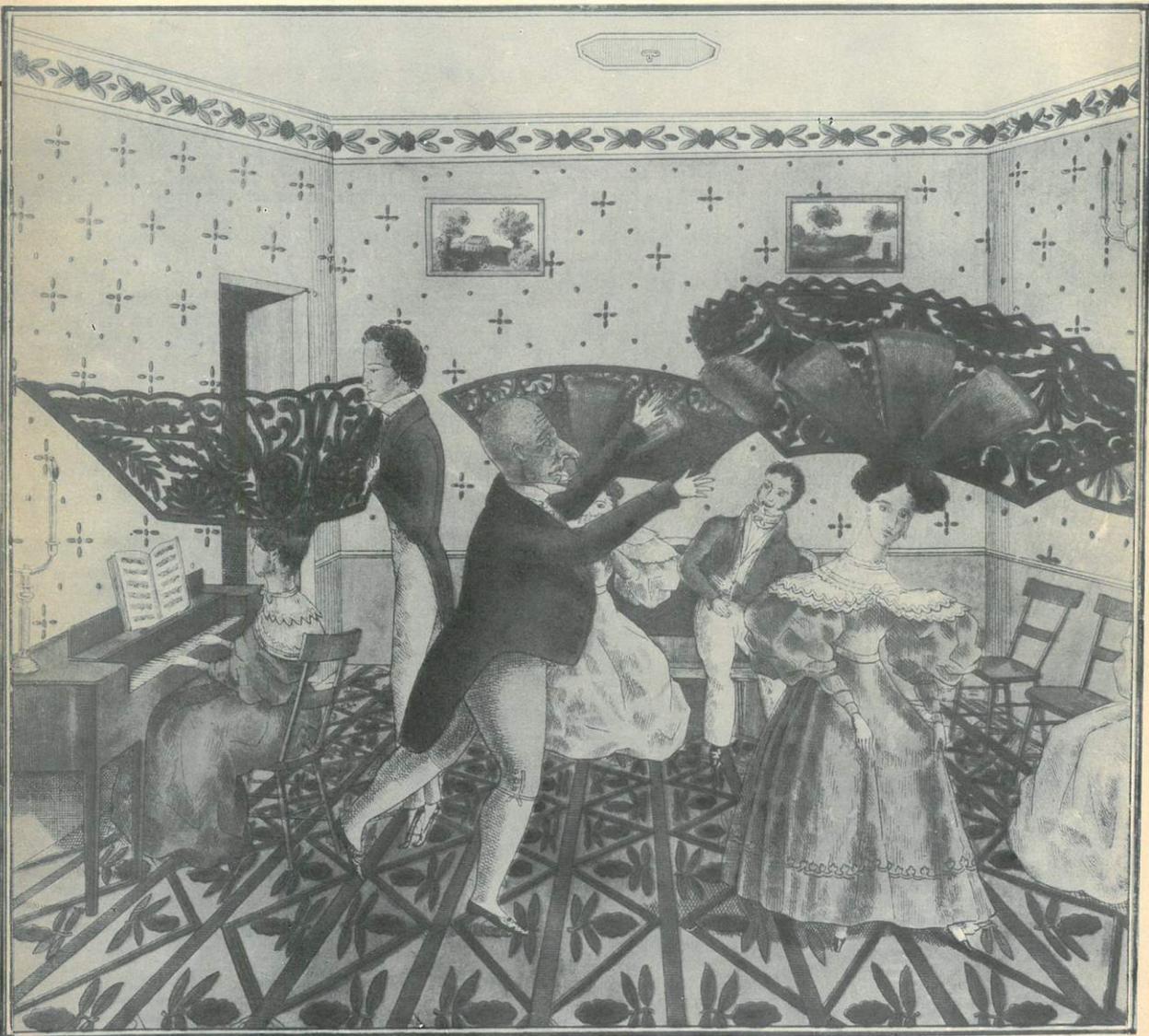
Debe decirse además que algunos de los concurrentes del Salón no se limitaban a leer sino que habían iniciado promisoriamente los primeros tanteos de una obra de creación. Exceptuando a Echeverría, ya consagrado, como se vio, puede mencionarse en particular a Alberdi, quien publicó varios opúsculos desde 1832 —entre ellos su *Memoria descriptiva sobre Tucumán* (1834)— y que precisamente en 1837 dio a luz el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Este libro era entre nosotros una original formulación en el sentido de que la filosofía, lejos de una pura especulación intelectual, es un instrumento metódico para explicar la realidad del país e incluso para programar los caminos de su desarrollo. Como lo ha señalado un crítico, Alberdi concibe en esas páginas no una filosofía metafísica sino una filosofía social. La obra mereció opiniones adversas entre los miembros del círculo unitario residente en Montevideo, apegados a la escuela filosófica utilitaria, que precisamente repudiaban los jóvenes porteños.

Quiroga Rosas publicó ese mismo año un ensayo —*Tesis sobre la naturaleza filosófica del derecho*— sobre una temática similar a la desenvuelta por Alberdi. Gutiérrez, por su parte, dio a conocer varios y brillantes artículos periodísticos de crítica literaria, de la cual sería pionero en la Argentina. Su amplia cultura y el rigor metodológico hicieron desde temprano de Gutiérrez un crítico de juicio sólido y ponderado, que desde ese grávido terreno contribuía a enriquecer a nuestra literatura.

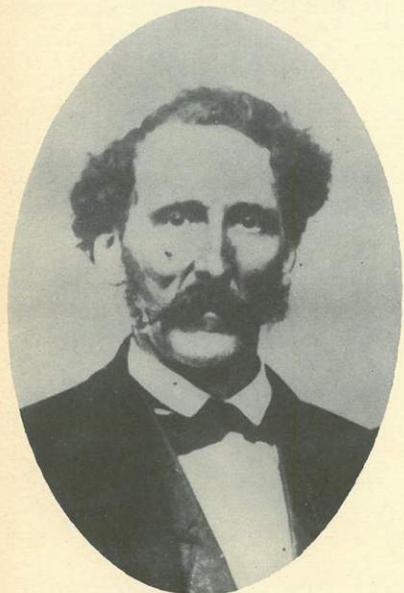
Párrafo aparte merece *El Cancionero Argentino*, recopilación de canciones que acompañadas de piano o guitarra hacían las delicias en los salones porteños. José Antonio Wilde llegó a editar cuatro números de esta publicación (1837-1838), que alcanzó un éxito que hoy tal vez nos es difícil imaginar. Aparecieron allí composiciones de Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, entre las mejores, y de otros vates de Buenos Aires y Montevideo.

Nuevos rumbos. — Desaparecido el Salón Literario, se produjo una reordenación en el rumbo de quienes habían sido sus jóvenes contertulios. Algunos, los timoratos, se alejaron de toda actividad comprometida. Y otros, los más, se dispusieron a insistir. Estos, más de una treintena, a instancias de Echeverría, se congregaron secretamente en una casa de Buenos Aires la noche del 23 de junio de 1838. Echeverría les dirigió la palabra y los exhortó a organizar una nueva entidad, ahora sí definitivamente política, que debía proponerse con responsabilidad a actuar e influir en la vida nacional. Y como la unidad de acción requiere unidad de pensamiento, les propuso las bases programáticas con las cuales podrían desenvolverse en esta nueva etapa. Mayo, Progreso, Democracia, eran la síntesis cardinal de los trabajos a emprender. Les leyó en seguida las quince “palabras simbólicas” del nuevo credo. Estas fueron recibidas con elocuentes muestras de entusiasmo. Se encomendó después a Echeverría redactar minuciosamente el programa doctrinario bosquejado. Este programa, aprobado tiempo después, se llamó *Código o Declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*, luego difundida con el nombre de *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo*. Había quedado fundada la Asociación de la Joven Generación Argentina.

El bloqueo que la escuadra francesa



Peinetones en el baile (litografía de Bacle, 1834)



José Antonio Wilde

impuso a Buenos Aires creó, mientras tanto, un clima político tenso. Era llegada la hora de las grandes decisiones. “La juventud —escribió Alberdi— dejó inmediatamente la revolución inteligente y se entregó a la revolución armada: dejó las ideas y tomó la acción. Diplomacia, concesiones, manejos parlamentarios, todo quedó a un lado con las letras: la juventud dio la cara y se proclamó en guerra abierta con la tiranía.”

La Asociación entró forzosamente en receso, tras celebrar varias reuniones a hurtadillas. Se aprestó a la lucha. Incluso un grupo desprendido de la entidad comenzó trabajos conspirativos contra el gobierno.

El mencionado bloqueo francés, además de sus repercusiones políticas y económicas, había tenido para los jóvenes una implicancia inesperada. Ellos, individualmente, eran conocidos por su particular afición a la cultura francesa, por lo que ante la exacerbada xenofobia que afloró en grandes sectores de la población su situación resultaba extremadamente comprometida y riesgosa. La acusación de afrancesado era, en aquel momento, un epíteto equivalente a enemigo del país. No había tiempo ni ambiente adecuado para aclarar torpes equívocos. Sencillamente, seguir viviendo en Buenos Aires empezaba a resultar peligroso. Y como estaban decididos y juramentados a no abjurar de sus ideales comenzaron a marchar al exilio, para proseguir la brega desde allí. Desde fines de 1838 y hasta 1840 uno a uno fueron abandonando el suelo nativo.

Los nuevos proscriptos.—

En Montevideo reanudaron la acción. En la capital del vecino país, donde los unitarios exiliados tenía en realidad muy poco de común con estos nuevos proscriptos, venía publicándose, desde abril de 1838, un quincenario que corredactaban Miguel Cané, Andrés Lamas —joven uruguayo que también había abrazado el

romanticismo— y Gutiérrez. *El Iniciador*, tal su nombre, llegó a lanzar dieciséis números hasta que cesó en enero de 1839. Colaboraron desde Buenos Aires Tejedor, Frías, Luis Méndez, Miguel Irigoyen, Viola, y otros. A este núcleo se agregó en Montevideo, donde residía, Bartolomé Mitre, quien, aunque era el más joven de todos, hizo suyos con entusiasmo los ideales de sus conterráneos. Incluso los hermanos Juan Cruz y Florencio Varela insertaron ocasionalmente algunos escritos, pero fue visible que estos se sintieron molestos por la orientación general de *El Iniciador*, que consagraba todas sus energías en difundir el romanticismo literario y el romanticismo social. El último número —de 21 páginas— estuvo dedicado íntegramente a publicar el texto del *Código* de la Asociación de la Joven Generación Argentina, que así por vez primera se mostraba en letras de molde. Los unitarios entendieron que este programa era un despropósito, que estaba fuera de la realidad y que tendía a ahondar las disensiones entre los exiliados argentinos.

Desde setiembre de 1838 aparecía también en Montevideo el diario *El Nacional*, cuya redacción estaba a cargo inicialmente de Lamas y Cané, a los cuales se incorporó Alberdi en diciembre. Desde esta tribuna cotidiana, confesadamente romántica y socialista —en la acepción echeverriana del término—, se polemizó incansablemente con los unitarios. Todo episodio circunstancial resultaba propicio para descargar andanadas contra los rivadavianos intransigentes o más concretamente contra los Varela, quienes a su vez respondían desde su *Revista Oficial*.

Es justicia puntualizar que don Juan Cruz, el mayor de los Varela, había acogido la obra poética de Echeverría con particular simpatía. Su obra, no sus doctrinas. Se mostró como un hombre sensible a los vientos renovadores que por estas márgenes so-

plaban. Ya se ha visto al estudiar su obra que sin abjurar de su caro mundo neoclásico, en las últimas composiciones salidas de su pluma, hacia 1838, registró un acercamiento moderado a las formas románticas de expresión. Al morir Varela, en 1839, quedó aventada para siempre la poesía neoclásica.

El Nacional fue un incansable órgano de batalla y de propaganda doctrinaria. Muchos artículos aparecieron allí sobre literatura, teatro, filosofía, política, etc. La difusión activa, militante, de estos ideales, abrazados con tanta decisión y pasión, prosiguió después, sin tregua, en años siguientes, en otros periódicos montevidéanos. En cuanto a la crítica de los románticos, no tuvo por exclusivo destinatario a los exponentes del viejo partido unitario. Nadie podría negar que la cultura argentina debía a aquella generación de Mayo valiosos esfuerzos y algunos logros felices. Con los unitarios, la lucha, aún enconada, era doctrinaria y principista. En cambio, con Rosas y su sistema la lucha se libraba en otro terreno.

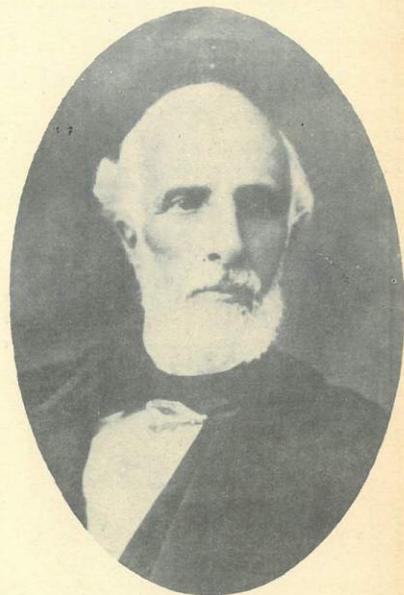
Desde *El Nacional*, y tras laboriosas gestiones, Alberdi logró aunar a los diversos grupos de exiliados en el Uruguay (unitarios, federales, independientes y su propio núcleo) en torno de la organización de la campaña militar libertadora que se puso al mando de Lavalle (1839). Pero en el fondo de esta coincidencia latía una discrepancia que difícilmente podría disimularse. A los viejos partidos les preocupaba lo inmediato, esto es, la caída de la dictadura, que se preveía inminente; y a los románticos, además de esto, la orientación y programa del régimen que la reemplazaría. Como se ve, las discordancias se iban acumulando.

La citada expedición de Lavalle contó con el apoyo de las fuerzas francesas bloqueadoras. Esta circunstancia ha servido para que se formulen acusaciones de connivencia con el

extranjero en el propósito de resolver problemas internos de los argentinos. Quienes lean los artículos de *El Nacional* comprenderán que no habían móviles subalternos en esa empresa. De todos modos no hay duda de que ese paso fue una ingenuidad más —la dura experiencia de la lucha aleccionaba y hacía rectificar rumbos—, porque Alberdi y los demás compatriotas —estos llegaron a la alianza tras forzar sus propias prevenciones contra la intromisión extraña— confundieron a la Francia que buscaba simplemente mercados sudamericanos para su comercio con la Francia revolucionaria, la de los ideales generosos de liberación y fraternidad.

En 1841 se organiza en la capital uruguaya un certamen poético con motivo de la festividad del 25 de Mayo. Se invitó a participar a los poetas residentes allí. El jurado, al discernir los premios —la medalla de oro correspondió a Gutiérrez— creyó oportuno dar una explicación doctrinaria del dictamen. El extenso documento estuvo a cargo de Florencio Varela, quien sostuvo, en lo esencial, que antes de 1810 no había existido la literatura nacional; que ésta nació con la Revolución, y que la poesía vernácula reconocía dos etapas sucesivas: la épica y la filosófica.

Alberdi, al publicar las composiciones premiadas en el *Certamen poético* de Mayo, las precedió de un prólogo polémico donde refuta las ideas sustentadas por Varela. Una vez más románticos y neoclásicos se ponían frente a frente. Dice Alberdi que en el Plata hubo expresiones poéticas y hasta distinguidos cultores antes de la Revolución; que, luego, la guerra de la Independencia monopolizó la inspiración poética, que se expresaba revestida según los cánones formales impuestos por la propia España; que hasta ahí la poesía revolucionaria carecía de un carácter verdaderamente americano; y que

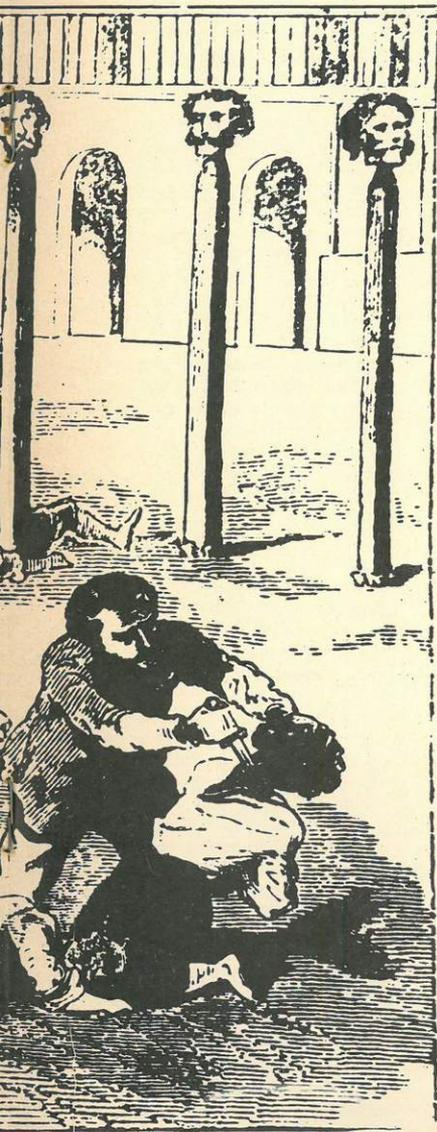


Félix Frías

El bloqueo de nuestras costas por la escuadra francesa, en 1838, marcó la definitiva ruptura de casi todos los componentes del Salón Literario con Rosas: la fama de afrancesados que los jóvenes tenían los obligó a dejar el país, ante posibles represalias del pueblo enardecido.



"Asesinatos de la Mazorca" hacia 1840 (grabado de la época)



sólo con el movimiento romántico surgen en realidad las letras nacionales, pues por fin se liberaban de la tutela española, inaugurando un camino renovador, filosófico, espontáneo y nativista. Ya habrá que volver sobre esto. Lo cierto es que la Joven Generación Argentina —aunque desarticulada institucionalmente pues fracasó un intento de reorganizar la Asociación en Montevideo— prosiguió las tareas que se había impuesto, sin desfallecimientos ni claudicaciones. Es cierto que los años fueron atemperando intransigencias y desvaneciendo sectarismos. Pero lo esencial, lo que les dio razón de ser, siguió airoso por lo menos hasta la caída de Rosas. Trabajaron intensamente, casi con obsesión febril, durante la larga década de su destierro. Muchos no regresaron al suelo natal y faltaron a la cita victoriosa de la jornada de Caseros, porque —desvalidos de salud, de dinero, de afecto patrio— habían emprendido aquel viaje larguísimo, sin retorno, hacia la ausencia suprema e inexorable. Fue la única manera de arrebatar el pendón de combate a Echeverría y a Quiroga Rosas, adalides de un ideal que al fin parecía alcanzar la victoria. No fueron los únicos: también Miguel Irigoyen y Florencio Balcarce hallaron tempranamente la muerte, lejos de su añorada Buenos Aires. Era el tributo que todos ellos pagaron para amasar el futuro argentino.

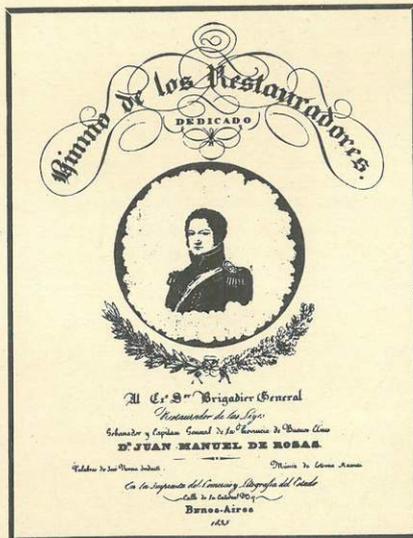
El aporte cultural de los jóvenes. — Pero veamos ahora qué hicieron —qué aportaron— en el campo de la literatura durante esos duros años del exilio los integrantes de la generación de 1837, con exclusión de los no románticos, por importantes que sean, como en el caso de Florencio Varela, Valentín Alsina, Francisco A. Wright, Domingo de Oro, Mariano Fraguero, Juan Ignacio Gorriti, Facundo Zuviría, o los memo-



Juan Lavalle



“El Tigre Juan Manuel, con piel de carnero” (caricatura de la época, aparecida en Montevideo)



Portada del “Himno de los Restauradores”, de Rivera Indarte

rialistas José María Paz, Tomás de Iriarte, Gregorio Aráoz de Lamadrid, de tan variados matices políticos todos ellos, y que serán estudiados en otra parte.

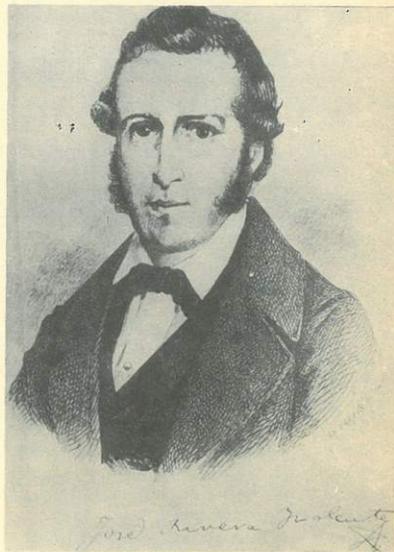
El periodismo, en primer término, se vio enriquecido en número y calidad por tantas plumas inquietas disponibles. A los órganos montevideanos ya citados podrían agregarse estos otros, también exclusivamente redactados por argentinos: *El Grito Argentino* (1839), *Revista del Plata* (1839), *El Gaucho en Campaña* (1839), *El Correo* (1840), *El Porvenir* (1840), *El Corsario* (1840), *El Talismán* (1840), *Paquete de Buenos Aires* (1841), *El Album* (1841), *La Enciclopedia* (1841), *Tirteo* (1841), ¡*Muera Rosas!* (1841-1842), *El Rayo de Caaguazú* (1842), *El Centinela* (1843), *El Guerrillero* (1843), *El Gaucho Jacinto Cielo* (1843), *Comercio del Plata* (1845-1858), *El Conservador* (1847-1848), *El Correo de la Tarde* (1850), *La Semana* (1851-1852), *La Defensa* (1851). Unos son tribunas doctrinarias, otros desnudos arietes de combate. No faltan los que curiosamente se expresan sólo en verso. Hay también algunos que apelan al lenguaje gauchesco para llegar al pueblo. Otros, cuando aún el periodismo ilustrado no se había abierto camino en el Plata, aparecen ornados con semanales láminas satíricas. En su abrumadora mayoría los redactores que alimentaron estas múltiples hojas son prosélitos del romanticismo. A su turno se verá la obra que desde el destierro realizaron los románticos más importantes, como Echeverría, Alberdi, Mármol, Gutiérrez, Mitre, tanto en el campo de la lírica como de la literatura dramática o la narrativa. Mencionaremos aquí, sin que deba verse en esto una nómina exhaustiva de la falange romántica, algunos nombres de orden menor. Entre ellos, debe recordarse a Luis L. Domínguez (1819-1898), poeta que durante años usó su inspiración para combatir a Rosas, y de cuya obra,

con la decantación del tiempo, la crítica rescata solamente los felices versos consagrados a "El Ombú". José María Cantilo (1816-1872) fue también un vate de tono menor que cantó los fastos de la patria y enderezó contra el dictador de Buenos Aires muchas rimas de dolorido sentimiento. Florencio Balcarce (1818-1839), tempranamente desaparecido, dejó algunos versos que muestran su corazón hechizado por el deslumbramiento romántico. Miguel Irigoyen fue un malogrado crítico literario, cuyos trabajos merecen salvarse del olvido. Juan Ramón Muñoz Cabrera (1816-1869) dio a la estampa un extenso poema, *Cienfuegos* (1840), que tuvo gran repercusión en su tiempo. Luis Méndez, dramaturgo en Buenos Aires, donde estrenó *Carlos o el infortunio* (1838), fue poeta en Montevideo. Reunió algunas de sus composiciones en un volumen titulado *Cantos del alba* (1841).

Por su parte José Rivera Indarte (1814-1845) fue un personaje singular, batallador, de pasado borrascoso, de odios profundos. Incondicional de Rosas primero —escribió el *Himno de los Restauradores* (1835)—, fue después su mortal enemigo. Desde las columnas de *El Nacional* (1839-1845) libró una guerra sin cuartel contra el gobierno de Buenos Aires. Recogió algunas de sus prosas políticas en volúmenes y folletos: *Rosas y sus opositores* (1843), *Tablas de sangre* y *Es acción santa matar a Rosas*. Entre sus opúsculos poéticos cabe mencionar *Don Cristóbal* (1840) y *La batalla de Caaguazú* (1842). Adoptó el romanticismo pero no fue cofrade de los románticos argentinos. Echeverría, en áspero episodio polémico (1844), le espetará que un luchador así, fanático y sin guía de principio doctrinario alguno, flaco favor hacía a la causa de los expatriados. La pluma de Indarte resbalaba constantemente por entre el barro del pasquinismo: las mentiras y tergiversa-

ciones formaban parte habitual de sus escritos. En esta faena encontró un par digno de él en su antiguo correligionario Nicolás Mariño (1817-1851), redactor por años de *La Gaceta Mercantil*. Ambos sostuvieron una porfiada guerra de insultos y diatribas. Este periodismo destructor y libelista era la antítesis de todo programa serio de reconstrucción nacional. Ello explica que estuviera poco menos que aislado en Montevideo. En síntesis, en Rivera Indarte el romanticismo no es su signo distintivo ni tiene mayor trascendencia: fue casi siempre un mero vehículo formal para desahogar pasiones desbordantes.

Si dejamos este sombrío personaje y nos dirigimos hacia Hilario Ascasubi (1807-1875) —que será estudiado detenidamente en otro sitio— sentiremos por fin una ráfaga de aire fresco. Ascasubi hizo suya una veta poética de estirpe auténticamente popular en cuanto representativa de la expresión campesina. Sus composiciones gauchescas, tras las huellas de Hidalgo, el iniciador del género, le granjearon simpatía y respeto. A través de periódicos, hojas sueltas y folletos hacía también su guerra a Rosas, a cuyo sistema político acaso inquietaran más estos versos sencillotes que las largas tiradas en prosa exuberantes de odio y violencia de otros de sus adversarios. Los diálogos y trovos de *Paulino Lucero* (1846) enlazan el romanticismo de Echeverría —por quien sentía real aprecio y admiración— con la poética gauchesca que desde los tiempos de la Revolución había adquirido carta de ciudadanía en la república de las letras. Ascasubi convive con los románticos; y es un romántico a su manera. Cuando el color local que aquellos preconizaban era generalmente expresión de lo urbano —con la precisa excepción de *La Cautiva*—, él lo enriquece con viva espontaneidad recreando hombres y paisajes propios de rurales horizontes.



José Rivera Indarte



Nicolás Mariño

Una figura controvertida: Pedro de Angelis

Educador en su tierra natal, Nápoles, más tarde diplomático en Rusia y escritor en París, Pedro de Angelis (1784-1859) fue invitado por Rivadavia a viajar a Buenos Aires, donde lo encontramos a fines de 1826. En esta ciudad dirige junto con José Joaquín de Mora la *Crónica política* y literaria de Buenos Aires, órgano oficial del gobierno rivadaviano, y luego la *Gaceta Mercantil*, de donde pasó a colaborar en *El Lucero* y más tarde en *El Monitor*. Hacia 1843 empezó a publicar el *Archivo americano* y espíritu de la prensa del mundo, cuyo anticipo había hecho conocer tres años antes.

Prosigue en Buenos Aires su actividad docente, pero su fama se halla asentada principalmente en su labor de historiador. En su haber pueden mencionarse: Ensayo histórico sobre la vida de D. Juan Manuel de Rosas (1830); Noticias biográficas del gobernador de Santa Fe, Brigadier Estanislao López (1830); Biografía del señor general Arenales (1832); Memoria sobre el estado de la hacienda pública (1834); Recopilación de leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde 1810 hasta 1835 (1836); Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata (6 vols.) (1835-1838); Colección de obras impresas y manuscritas que tratan principalmente del Río de la Plata (1853); etc. Sus veleidosas opiniones políticas —fue sucesivamente rivadaviano, dorreguista, lavallista, balcarcista y finalmente rosista— le acarrearón notorio descrédito. Fue tenazmente combatido por los adversarios de Rosas. Pero el esfuerzo extraordinario de su obra historiográfica merece, sin duda, el juicio favorable de la posteridad.

Los escritores del interior.—

Si bien Buenos Aires fue el centro promotor de la renovación y expansión literaria que llevamos apuntada, no debe creerse que en todo lo largo y ancho del país no había ningún movimiento o síntoma de vida cultural. En varias ciudades del interior la inquietud romántica prendió con renovados bríos. La lectura de los mismos libros y las mismas revistas que sus congéneres porteños, llevaron a los muchachos provincianos a idénticas conclusiones y decisiones. Era evidente que un clima intelectual particularísimo y generalizado predisponía a las gentes en la Confederación Argentina; y que sólo bastaba para fructificar la presencia de animosos que aprovecharan los estímulos puestos a su alcance. No eran flores de un día —se ha visto con reiteración— sino apenas el tanteo preliminar de una empresa de vastos alcances y para muchos años.

En San Juan, un reducido grupo de jóvenes, encabezados por Sarmiento, Quiroga Rosas y Antonio Aberastain, comenzó allá por 1838 trabajos para organizar una Sociedad Literaria, filial de la Asociación de Mayo. Fue Quiroga Rosas quien llevó allí la antorcha prendida por Echeverría. Las tertulias de lectura e intercambio de impresiones derivaron en la fundación de un colegio y de un periódico. Así salió a la calle *El Zonda*, en 1839, que venía a remover la demasiado apacible quietud provinciana, lo que a la postre resultó fatal para esta primera incursión de Sarmiento por la prensa, pues el gobernador ordenó su clausura cuando apenas había tirado media docena de números.

Desde 1840, en que huyó a Chile, Sarmiento se constituirá en la máxima figura de los exiliados en el país trasandino. Uno a uno sus otros camaradas también buscaron refugio allí. Definitivamente ingresa Sarmiento en el periodismo, que no

abandonaría jamás. *El Mercurio* de Valparaíso fue el peldaño decisivo. Luego funda *El Progreso* (1842) y *El Herald Argentino* (1842). Viaja a Europa y a los Estados Unidos, y a su regreso prosigue escribiendo en *La Crónica* (1848), *La Tribuna* (1849) y *Sud América* (1851). Trabajador incansable, jornada a jornada, sin tregua, escribe cuartillas sobre mil tópicos distintos, como ejercitándose para la gran tarea de la próxima y necesaria reconstrucción argentina de que luego sería uno de sus señeros protagonistas. En asombrosa exteriorización de fecundidad, la lista de los libros escritos en esos años comprende *Mi Defensa* (1843), *General Fray Félix Aldao* (1845), *Facundo* (1845), *Educación Popular* (1849), *Recuerdos de Provincia* (1850), *Viajes* (1851), además de una multitud de trabajos didácticos, originales o traducidos, y otros opúsculos políticos, literarios e históricos. Es de todos conocida su vocación de maestro, que volcó en muchos e importantes establecimientos escolares.

Participó activamente en las luchas cívicas chilenas, agitada tarea que añadió voluntariamente a su gran lucha por la libertad y progreso de los argentinos. Rosas no fue tanto su obsesión sino lo que vendría después. Fue consumado polemista y su nombre está vinculado a batallas literarias —donde se proclamó romántico y socialista—, ortográficas, educacionales, y desde luego políticas.

Este célebre y singular polifacismo —con arranques de genio y de monotonero—, indisolublemente ligado a su exuberante pasión de hacer, le otorgó bien temprano un lugar de celebridad privilegiada. *Facundo* —su máxima creación, sin duda— que a su turno se estudiará detenidamente, tiene vigencia permanente por la profundidad de su análisis sociológico y la riqueza de sus valores estéticos. Es el ensayo más enjundioso y representativo de la generación de los románticos.

Acaso uno de los últimos miembros de la Asociación de Mayo que abandonó Buenos Aires fue Vicente Fidel López (1815-1903), hijo de Vicente López y Planes. Se dirigió a Córdoba a principios de 1840 y allí estableció una filial de la entidad. Se le incorporaron varias figuras jóvenes de predicamento, como Paulino Paz, Enrique Rodríguez, Avelino Ferreira y Francisco Alvarez. Meses después, esta filial organizó una revolución que llevó al gobierno a Alvarez. Sucesos posteriores, vinculados con los fracasos que iban jalonando la expedición libertadora de Lavalle, determinaron el desbande de los comprometidos en esa primera —y única— experiencia de gobierno de la Joven Generación.

López viajó a Chile, donde permanecería hasta 1847, en que se trasladó a Montevideo. Solo o con Sarmiento redactó *La Gaceta del Comercio* (1841), la *Revista de Valparaíso* (1842), *El Progreso*, y otros. En esas publicaciones anticipó fragmentos de algunos de sus libros, ya decididamente volcado hacia los estudios históricos, la gran vocación de su vida: *Manual de la Historia de Chile* (1845), *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la Humanidad* (1845) —obras ambas realizadas con enfoques modernos, que muestran su preocupación por los fundamentos filosóficos de la historia—; *Curso de Bellas Letras* (1845), novedosa síntesis de estética literaria; *La novia del hereje*, publicada en folletín, novela con fundamento histórico, que sigue las pautas trazadas por Walter Scott. Mientras vivió en Chile, López preparó materiales para su futura y monumental *Historia de la República Argentina*. Fue protagonista, junto con Sarmiento, de una sonada polémica de románticos contra neoclásicos, acaudillados estos nada menos que por Andrés Bello. Y durante su permanencia



Vicente Fidel López

Vicente Fidel López

Destacado exponente de la primera generación romántica argentina, Vicente Fidel López (1815-1903) fue socio del Salón Literario y miembro de la Asociación de Mayo. Poco después de graduarse de abogado se asiló en Chile, donde se destacó como periodista, educador e historiador. En su producción chilena anotamos: Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la historia de la civilización; Manual de la historia de Chile; y Curso de Bellas Letras. Trasladado a Montevideo, donde compartió la vida con Echeverría, publicó una Compilación de documentos sobre las invasiones inglesas. Después de la caída de Rosas fue destacado dirigente político y ocupó altos cargos públicos: Rector de la Universidad de Buenos Aires, Presidente del Banco de la Provincia, y Ministro de Hacienda de la Nación. Sin embargo la fama de López está indisolublemente unida a las grandes obras históricas que daría a luz en sus años maduros. Entre ellas: La Revolución Argentina (4 vols.); Historia de la República Argentina (10 vols.); y Debate histórico (2 vols.).

El cultivo de las letras es igualmente intenso en el interior durante esta época agitada. A semejanza de lo que ocurre en Buenos Aires, la disputa entre rosistas y antirrosistas es una constante de la vida social y cultural, y muchos intelectuales deben exiliarse en Chile, Bolivia u otros países.



Marco Avellaneda
(óleo en la Legislatura de Salta)

MARCO M. DE AVELLANEDA (1813-1841). Concluyó estudios de abogado en Buenos Aires y regresó a Tucumán, donde estaba establecida su familia. Ocupó allí altos cargos públicos, pese a su juventud, como presidente de la Legislatura y ministro de Gobierno. En 1840 fue uno de los más activos organizadores de la Liga del Norte, grupo de provincias alzadas contra la dictadura de Rosas. La suerte de las armas fue esquiva, la coalición deshecha y Avellaneda fue degollado y expuesta su cabeza en Tucumán a la contemplación pública. En su breve y agitada existencia halló tiempo para ejercer esporádicamente el periodismo y escribir poesías. Su hijo, Nicolás, llegó a ejercer la presidencia de la República (1874-1880).

en Montevideo dio a la estampa su colaboración con Valentín Alsina, una *Compilación de documentos sobre las invasiones inglesas* (1851).

Félix Frías (1816-1881), quien acompañó al general Lavalle en su campaña militar, se asiló en Bolivia al terminar aquella, y allí ejerció el periodismo. Luego pasó a Chile. *El cristianismo católico* (1844), *La República Argentina* (1847) y *La gloria del tirano Rosas* (1847) son sus producciones más notables de ese tiempo. Los escritos de Frías exteriorizan sus convicciones religiosas, por cuya defensa saldría muchas veces a la palestra. El primer trabajo es una réplica vehemente a la prédica radical del chileno Francisco Bilbao; y el último, respuesta a un folleto de Alberdi que en su oportunidad causó desconcierto en las filas de los proscriptos argentinos.

Pedro Echagüe (1821-1889) vinculó su nombre en el país trasandino con su vocación teatral. Puso en escena allí varias comedias propias —*De mal en peor*, *Memorias de un coronel*, *Primero es la patria*, y otras— que lograron innegable éxito.

Muchos otros escritores argentinos vivieron y escribieron en Chile. La nómina es extensa pero creemos que con los nombres ya expuestos es suficiente para abrir juicio sobre el papel relevante que desempeñaron. Dirijamos ahora la mirada a otro confín. Hacia 1839 Benjamín Villafañe, miembro de la Asociación de Mayo, llegó a Tucumán, su provincia natal, para buscar nuevos prosélitos y organizar otra filial. Marco M. Avellaneda (1814-1841), abogado y poeta, se adhirió de inmediato, así como otros jóvenes, entre ellos Brígido Silva y Pío Tedín. El fracaso de la coalición del Norte, de efímera existencia, dispersó al grupo en 1841. Avellaneda —contaba solamente 28 años— pagó con su vida el compromiso. De él han quedado varias composiciones poéticas de innegable ins-

piración romántica. Villafañe y los restantes revolucionarios se asilaron en Bolivia. Unos fueron periodistas —en las columnas de *La Gaceta Oficial*, *El Restaurador*, *El Fénix Boliviano*, *La Epoca*—, otros pedagogos en universidades y colegios secundarios del altiplano. De Villafañe se recuerdan varios opúsculos políticos y literarios, aunque seguramente lo más destacable son sus memorias personales, que se publicaron con el título de *Reminiscencias históricas de un patriota* (1890), ameno y documentado relato de inúmeros episodios que pertenecen a la historia de esos años trágicos.

El influjo del romanticismo se hizo sentir en los países vecinos, y en más de un caso resultó decisiva la acción de presencia de los argentinos exiliados. En el Uruguay abrazaron la nueva sensibilidad Andrés Lamas, Melchor Pacheco y Obes, Adolfo Berro, Juan Carlos Gómez, entre otros destacados publicistas y poetas, que actuaron hermanados con los argentinos. En Chile el fenómeno adquirió perfiles propios. Estimulada por nuestros compatriotas surgió allí la denominada "generación de 1842", de tan fecunda trayectoria y una de cuyas figuras más relevantes fue José Victorino Lastarria. Y en Bolivia, tímidamente, fueron saliendo a la luz poetas románticos, entre los cuales puede recordarse a Mariano Salas, de confesada admiración por nuestro Echeverría.

No se exagera un ápice si se afirma que también en estos países americanos el romanticismo produjo una revolución cultural. Tras largos años de prolongación del espíritu colonial fue un saludable despertar de las propias fuerzas, un encuentro con su verdadera conciencia nacional y una incitación a transformar y superar en toda su latitud la mediocre e insuficiente realidad heredada. Quedaba desfeudado, airosamente, el camino del futuro. Más aún: ya lo estaban construyendo.



Cuenca: un destino trágico

Médico destacado y catedrático en la Universidad de Buenos Aires, Claudio M. Cuenca (1812-1852) fue un adepto entusiasta del romanticismo aunque se obstinó en permanecer en su ciudad natal, cuando todos sus amigos se habían exiliado.

Su actitud de oponer al régimen de Rosas se evidencia en varias de sus composiciones poéticas, porque él fue cultor de las rimas, y seguramente el mejor de los que hubo en Buenos Aires durante años. Pero el destino le reservaba una muerte trágica.

Pocas horas después de concluida la batalla de Caseros, adonde había concurrido como médico militar de las huestes rosistas, Cuenca fue ultimado sin miramientos por unos soldados vencedores. Esa tragedia privó al país de una vida útil: excelente médico y relevante poeta.

Los frutos de su lira, que comprenden diversos géneros, fueron reunidos por Heracleo C. Fajardo en tres volúmenes en 1861.

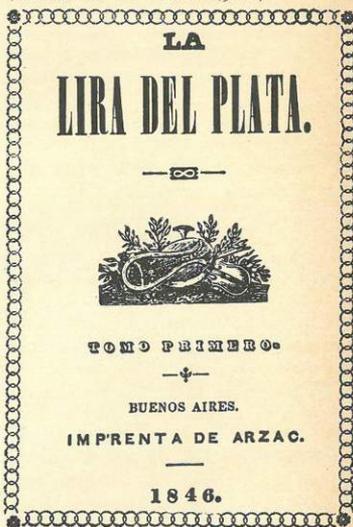
de José Tomás Guido, quien se ocupó con sobriedad de diversos temas culturales; y *El Agente Comercial del Plata*, de Manuel Toro y Pareja y Federico de la Barra.

En 1848 apareció —durante cinco meses— la única revista literaria que tuvo Buenos Aires en esa época: el *Mosaico Literario*, redactado por José Antonio Wilde, tío de Eduardo Wilde, y Miguel Navarro Viola. Su contenido es francamente desalentador pues se reducía a traducciones de periódicos europeos, poesías españolas, disertaciones escolares y unas poquísimas páginas originales. De todos modos la sola presencia de esta revista revela que entre ciertos grupos de los nuevos jóvenes de la ciudad —estudiantes universitarios los más— había reaparecido la inquieta apatencia de romper su virtual aislamiento e integrarse al mundo de la cultura, por encima de las barreras circunstanciales.

La Universidad, después de sufrir el duro embate que significó en 1838 y hasta 1852 su exclusión del presupuesto de gastos del gobierno, por razones de economía —fundadas en la situación creada por el bloqueo francés—, soportó con estoicismo por largos años las penurias económicas gracias al espíritu de sacrificio de muchos de sus catedráticos, en especial los de los claustros de medicina y derecho. Acaso resulte un símbolo en este sentido el profesor de filosofía doctor Diego Alcorta, de profundas convicciones liberales. El ambiente de coerción política no fue óbice para que en sus aulas se formaran estudiantes —y graduaran abogados y médicos— que andando el tiempo brillarían con luz propia en la época de la organización nacional, como Rufino Elizalde, Benjamín Gorostiaga, Miguel Navarro Viola, Guillermo Rawson, Vicente G. Quesada, Benjamín Victorica y otros. A estas promociones nuevas, en medio de la positividad a que obligaba el régimen, les tocó superar la ruptura que de



Diego Alcorta
(retrato de C. E. Pellegrini)



Portada de "La Lira del Plata",
antología de poetas publicada
en Buenos Aires, en 1846

hecho existía con la generación precedente, casi toda ella en el exilio, hasta que —sólo después de Caseros— se encontraron y confluyeron para realizar juntos el destino común.

Se publicaron en Buenos Aires por esa época algunos libros de interés literario. Ciertamente son muy pocos, en cuanto hacen a la producción vernácula. Aparecen nuevos nombres de poetas, de mediocre vuelo los más, que se apresuraron a hacer conocer los frutos de su inspiración. La mayor parte de ellos van a convergir en la *Lira del Plata*, antología editada en 1847, donde figuran, entre otros, Germán Vega, Delfín B. Huer-go, Manuel Hidalgo, José M. de la Fuente, B. C. Quesada, Francisco Barajas, Francisco Carnicer, Juan F. Seguí, Miguel García Fernández... Pero seguramente el poeta de mayor interés de esos años fue Claudio M. Cuenca. Médico y catedrático destacado, virtualmente no habían trascendido sus inclinaciones literarias hasta después de su trágica muerte —fue ultimado a poco de concluir la batalla de Caseros—, al editarse sus obras en tres tomos en 1861. Su inspiración transitó con soltura y solvencia los más diversos géneros poéticos. El credo romántico presidió su extraña soledad. Nadie conocía sus rimas. Escribía y callaba. Pero aunque no las dio a conocer, no fue indiferente a las inquietudes de su época y terminó apostrofando a Rosas con versos de áspero repudio. La situación de Cuenca es muy singular, pues pese a su evidente disconformismo no quiso engrosar la falange de los proscriptos. De todos modos —como alguien lo ha puntualizado—, aunque vivió en Buenos Aires, no pertenece a la historia literaria de la dictadura.

Hay paralelamente a estos antecedentes líricos una poética cortesana —que se llamó a sí misma federal—, de copiosa adulonería. Las efemérides del régimen, los cumpleaños del ilustre restaurador, la memoria de

doña Encarnación, los encantos de Manuelita, eran los temas predilectos de un torrente de versos de pésimo gusto, obsecuentes y de factura incurablemente ramplona —difundidos en los diarios de la época—, y que si aquí recordamos es porque constituyen un tipo de producción que en su hora tuvo consenso de relevancia. La mayor parte de estas lisonjas “federales” no exponen los nombres de sus autores. En ocasiones rompen el vergonzante anonimato Vicente López —con alguna loa acreedora de piadoso olvido—, Benjamín Victorica, José M. de la Fuente y otros que, aún mostrándose, nunca significaron nada.

Otra expresión poética encuéntrase en esta época: es la veta popular. Con llana espontaneidad de pulpería o de carreta, habla como los gauchos porque a hombres del pueblo se dirige. Cielitos, décimas, diálogos, son también armas de lucha que sirven para volcar alegrías, burlas, odios. La musa gauchesca de Luis Pérez, consagrada en la década de 1830, hizo escuela. La suya fue la contrapartida, la versión federal, de los trozos gau-chipolíticos del unitario Ascasubi. Y como un matiz moreno de esta poesía popular se presentan las composiciones que imitan el hablar de los negros diseminados en el suburbio. Diarios y hojas sueltas recogieron esos casi siempre anónimos versos gauchescos y negros.

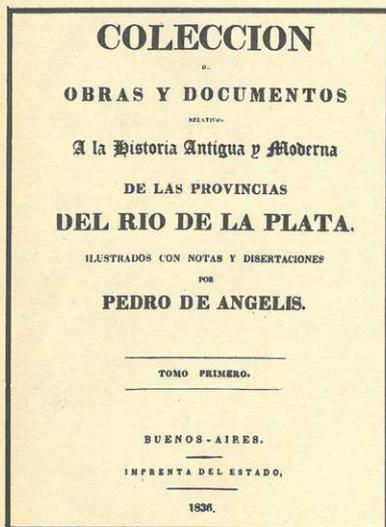
Para completar este panorama corresponde recordar que las librerías de la ciudad ofrecieron por años, sin intermitencias, una profusión de libros de literatura extranjera —romántica o no—, en especial inglesa, francesa y española que, a no dudarlo, contribuyeron a formar el gusto de muchos porteños.

A esto deben añadirse dos significativas reediciones de Echeverría realizadas en Buenos Aires: *Los Consue-los*, en 1842, y las *Rimas*, en 1846. La dureza del régimen de Rosas mostraba en ocasiones resquicios de in-

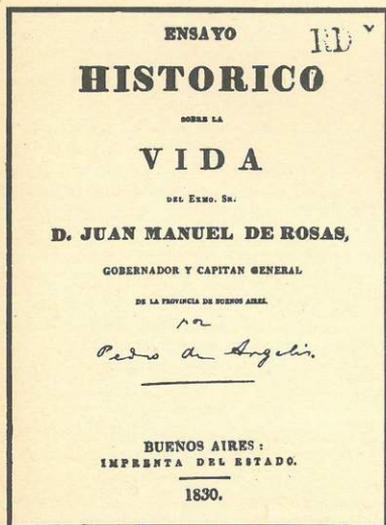


Pedro de Angelis

El intelectual más destacado que apoyó a Rosas fue un napolitano: Pedro de Angelis. Más allá de la actuación política de de Angelis, puede afirmarse que su aporte a las letras argentinas fue importante, en especial en lo referente a la fijación de textos y obras de la época colonial y virreinal.



Portada de la "Colección de obras y documentos", de de Angelis



Portada del "Ensayo histórico", de de Angelis

sospechable tolerancia. Aun con el ostensible cintillo punzó se buscaban los versos del proscrito y oficialmente declarado salvaje unitario Echeverría. Pese a todo los lectores de la ciudad seguían reclamando a su poeta.

Sin embargo, hubo una figura que debe ser estudiada con alguna detención: el publicista italiano Pedro de Angelis (1784-1859), con seguridad la figura intelectual más notable con que contó el régimen de Rosas. Polígrafo erudito, se desempeñó como periodista, educador, y estudioso de las lenguas indígenas. Pero debe su fama a sus estudios historiográficos. En su haber hay que computar la paciente formación de la biblioteca especializada en historia más completa que existió en el país. Autor de varios opúsculos biográficos sobre Rosas, Estanislao López y el general Arenales; de un volumen de *Ensayos literarios y políticos* (1833); una *Recopilación de Leyes y Decretos promulgados en Buenos Aires entre 1810 y 1835* (1837); de varios folletos polémicos, su obra magna fue la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata* (1835-1838). Son seis gruesos tomos in folio que contienen la primera recopilación documental publicada entre nosotros, y que, aun con las objeciones de que fue objeto más tarde, desbrozó el camino para estudios más rigurosos de nuestro pasado. Dio a conocer allí —precedidas siempre de eruditas introducciones— entre otras, obras de Ruy Díaz del Barco Centenera, Félix de Azara, el padre Lozano, Diego de Alvear, Alejandro Malaspina, crónicas sobre la rebelión de Túpac Amaru, memorias sobre límites, descripciones geográficas, etc. La *Colección*, que Rosas ayudó a editar, mereció elogios de institutos históricos de Europa y América. Este innegable esfuerzo ex-

cepcional brindado a la cultura rioplatense fue injustamente menospreciado, tal vez por los desconcertantes rasgos morales de su autor.

Unos pocos nombres más pueden agregarse todavía. Saturnino Segurola (1776-1854), también inclinado por los estudios históricos, poseyó una nutrida biblioteca y un voluminoso archivo de documentos; Felipe Senillosa (1783-1858), sabio español, matemático y amante de las letras; Francisco Javier Muñiz (1795-1871), nuestro primer naturalista y hombre de ciencia, quien recopiló un curioso y temprano vocabulario gauchesco (1845). El ya citado Marcos Sastre (1809-1887) —educador, periodista, autor de libros didácticos—, aunque fue amigo de todos los miembros de la generación de 1837 y su casa albergó al Salón Literario, permaneció en el país, actuando en Santa Fe y Entre Ríos. Ocasionalmente publicó también trabajos en Buenos Aires. Anticipó en periódicos algunos capítulos de su celebrada obra *El Tempe Argentino*. Miguel Cané (1812-1862), padre del autor de *Juvenilia* —y conspicuo miembro de la Asociación de Mayo, como ya se vio— se sintió fatigado por la larga lucha contra la dictadura y retornó a Buenos Aires, precisamente cuando ésta se hallaba en las vísperas de su derrumbamiento final. Escribió esporádicamente en la prensa porteña varios artículos literarios. Fue también autor de algunas novelas, como *Esther* (1851) y *La familia Scenner* (1858).

El teatro, por su parte, también sufrió el impacto de la política. Tuvo que resignarse a ser federal.

Pero no todo fue teatro político. El repertorio, predominantemente español —Calderón, Lope, Tirso, Martínez de la Rosa—, contó también con traducciones de obras francesas y adaptaciones de melodramas del más diverso origen. Tiempo antes de su proscrición se representaron traducciones de algunos jóvenes románticos como Vicente F. López, Santiago

Viola y Carlos Tejedor. El teatro autóctono casi no existía. Sólo las obras de Claudio M. Cuenca, *Don Tadeo y Muza* —nunca representadas—, son acaso las únicas rescatables desde el punto de vista literario.

Pero este teatro españolizante marchó de la mano con un género popular por excelencia: el sainete, que incluso llegó a hacer a un lado su estirpe peninsular, acriollándose definitivamente. Es también la época del auge de los espectáculos circenses. Parece evidente que el teatro —en sus diversos niveles apuntados y que correspondían a públicos de otros tantos niveles sociales— atrajo y concentró la atención de los porteños. Para los más era su máxima diversión —sainete y circo—, y para los grupos más exigentes —a través de dramas y óperas—, la única vía de contacto con el arte. Abundaron las representaciones de toda índole y —signo elocuente— se llegaron a habilitar varias salas nuevas.

Ya se ha visto, pues, que en toda esta etapa de la literatura argentina que comprende desde la tercera década del siglo XIX hasta mediados de la centuria, coincidentemente con la llamada época de Rosas, se dan dos polos, no sólo sin contacto entre sí, sino enfrentados. Las actividades culturales de la Argentina en esos años se desarrollan en medio de una notable fractura: en Buenos Aires o en la proscripción. Puede hacerse, si se quiere, un cotejo de cantidad y calidad de producción. Y de perduración. Por ahora, basta con fijar la atención en el contraste de la producción intelectual, antes y después del advenimiento del romanticismo en el Plata. Y es que con él romanticismo se inicia —incluso por la diversificación de los géneros— el perfil propio, nacional, de nuestra literatura. A su turno, serán estudiados de modo particular los personajes y las obras más representativas de este período clave de la literatura argentina.

¡Viva la Federación!

COLISEO.

FUNCION EXTRAORDINARIA.
A BENEFICIO DE
ANTONIO CASTANERA.

EL JUEVES 30 DE NOVIEMBRE DE 1837.

Se exhibirá la acreditada comedia, de grande espectáculo, en cuatro actos:—

LA URRACA LADRONA.

INTERLOCUTORES	ACTORES
Ana	Maria.
Isolina	Peto.
Jorge	Companera.
Alfonso	Domingo.
Gertruda	Juan.
Edmundo	Concepción.
Ricardo	Carolina.
Baylón	Zamborini.
Blas	Santiago.
Beltrán	Bernardino.
Francisco	Narciso.
Cristóbal	Un ofronado.
Luis	
Compañeros de gendarmes y soldados.	

Antecederá la abertura de la ópera de este título; y finalizará con uno de los mas divertidos SAINETES.

¡Público Bonnarense! La funcion que tengo el honor de ofreceros, es una de aquellas que han merecido la mas general aceptacion, y me asiste la esperanza de no haberme equivocado, desde que la gratitud y sumo reconocimiento á vuestra bondad me han impulsado á prestarle todos los medios de poderla hacer mas digna de una favorable acogida. A este intento la Maquinaria habilmente dirigida por el S. Juan M. Pizarro ejecutará en el primero—un Jardín pintoresco. Entre los diferentes y varios adornos que embellecen este pasaje, aparecerá una jaula con una *Urraca* al natural, la que á su tiempo saldrá á la escena, arrebatando una *cuchara de plata*, que esconderá en una concavidad de la torre. En el cuarto acto:—

Vista de la aldea de Paleian, de la Iglesia; en el campanario andamos por donde sube Blas á quien roba la *Urraca* una moneda de oro—en tiempo... La guardia de Gendarmes conduce a Ana supuesta rea del robo, mas al momento de llegar al patibulo para la ejecucion, descubre Blas á la *Urraca*, toca la campana á arrebato se reune el pueblo y salvan á la inocente; termina la escena en cuadro general.

Si en ella logro complaceros, quedará altamente recompensado, vuestro obscuro.

ANTONIO CASTANERA.

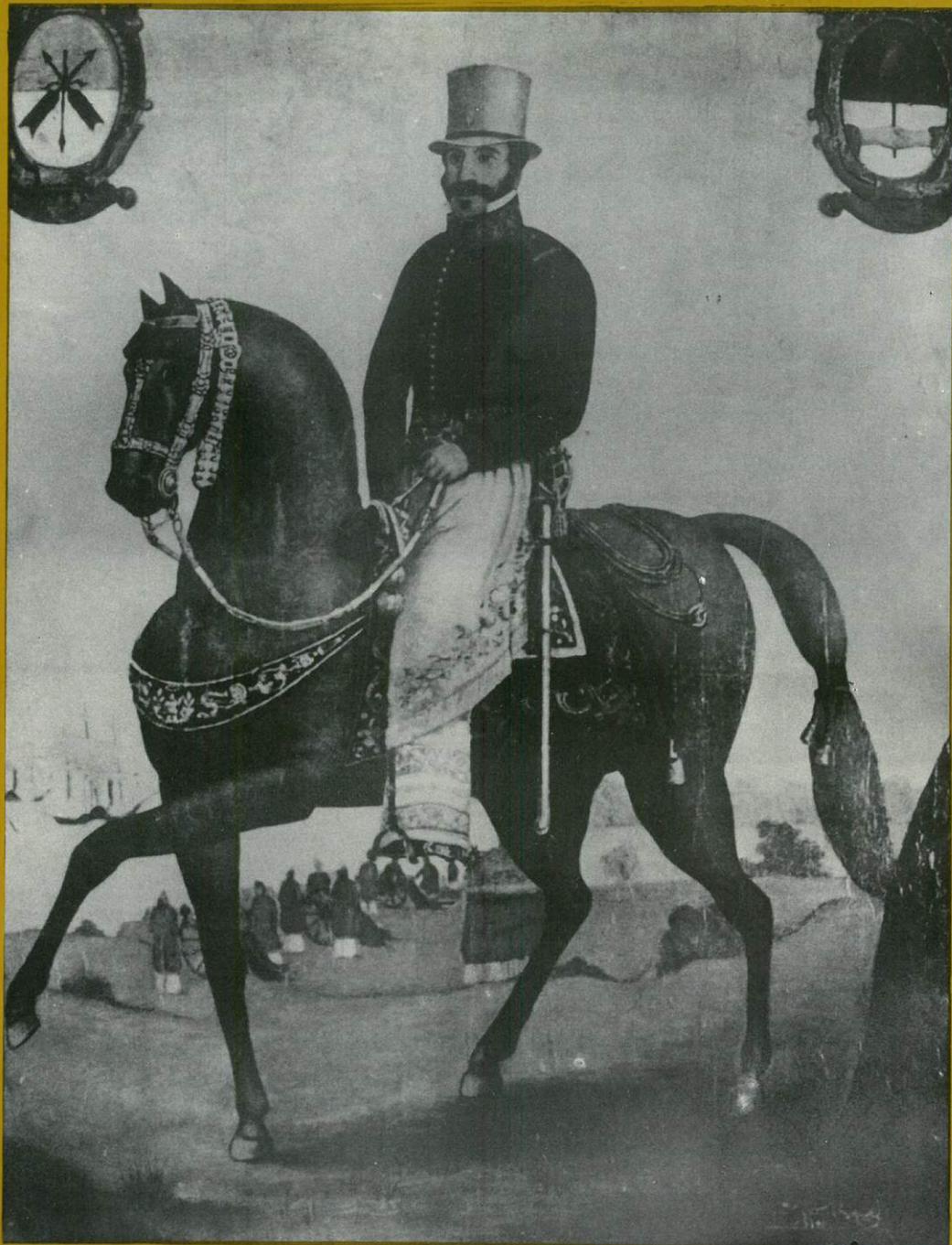
Se da principio á las 8 y media.
Los Sábados abrense desde las 10 del día de la funcion.

IMPRESA DE LA LIBERTAD

Cartel del "Coliseo Provisional", en tiempos de Rosas

Bibliografía Básica

- ALBERDI, Juan Bautista, *Obras completas* (8 vols.), Bs. As., 1886-1887.
—*Escritos póstumos* (16 vols.), Bs. As., 1895-1901.
- ANGELIS, Pedro de, *Acusación y defensa de Rosas*, Bs. As., 1845.
- ARRIETA, Rafael Alberto, *Esteban Echeverría y el romanticismo en el Plata*; y *Las letras en el destierro*, en su *Historia de la Literatura Argentina*, t. II, Bs. As., 1958.
- BARBA, Enrique M., *Las reacciones contra Rosas*, en Ricardo LEVENE (ed.), *Historia de la Nación Argentina*, Ed. Academia Nacional de la Historia, Vol. VII, segunda sección, Bs. As., 1950.
- CARILLA, Emilio, *El romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, 1958.
- CASTAGNINO, Raúl H., *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, Bs. As., 1944.
- DÍAZ PLAJA, Guillermo, *Introducción al estudio del romanticismo español*, Bs. As., 1953.
- ECHEVERRÍA, Esteban, *Obras completas* (5 vols.), Bs. As., 1870-1874.
- GIMENEZ PASTOR, Arturo, *El romanticismo bajo la tiranía*, Bs. As., 1922.
- GUTIERREZ, Juan María, *América poética*, Valparaíso, 1846.
- IBARGUREN, Carlos, *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su tiempo, su drama*, Bs. As., 1930.
- INGENIEROS, José, *La evolución de las ideas argentinas* (2 vols.), Bs. As., 1918.
- LANUZA, José Luis, *Cancionero del tiempo de Rosas*, Bs. As., 1945.
- MORALES, Ernesto, *Fisonomías de 1840*, Bs. As., 1840.
- PICARD, Roger, *El romanticismo social*, México, 1947.
- PRIETO, Adolfo, *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, 1959.
- PUIG, Juan de la C., *Antología de poetas argentino*, t. V, VI y VII, Bs. As., 1910.
- RIVERA INDARTE, José, *Rosas y sus opositores*, Montevideo, 1843.
- RODO, José Enrique, *Juan María Gutiérrez y su época*, en *El Mirador de Próspero*, Montevideo, 1913.
- ROJAS, Ricardo, *Historia de la Literatura Argentina*, t. III: Los proscriptos, Bs. As., 1920.
- SARMIENTO, Domingo F., *Obras completas* (53 vols.), Santiago de Chile-Bueno Aires, 1886-1903.
- VARELA DOMINGUEZ DE GHIOLDI, Delfina, *La generación argentina de 1837*, Bs. As., 1956.
- WEINBERG, Félix, *El Salón Literario de 1837*, Bs. As., 1958.
—*El periodismo en la época de Rosas*, en *Revista de Historia*, N° 2, Bs. As., 1957.



Este fascículo, con el libro
LA EPOCA DE ROSAS,
constituye la entrega n° 8 de CAPITULO

Precio del
fascículo
más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra Integra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA

FASCICULO

LIBRO

- | | |
|---|----------------------------------|
| 1 | Introducción: Los orígenes |
| 2 | Introducción: El desarrollo |
| 3 | Introducción: Los contemporáneos |

Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.

Primera parte

- | | |
|----|---|
| 4 | Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco |
| 5 | Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo |
| 6 | La época de Mayo |
| 7 | Nacimiento de la poesía gauchesca |
| 8 | La época de Rosas y el romanticismo |
| 9 | Echeverría y la realidad nacional |
| 10 | El nacimiento de la novela: Mármol |

Los fundadores - Antología - 96 págs.
La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
La lira argentina - 96 págs.
Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
La época de Rosas - Antología - 120 págs.
El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)

- | | |
|----|--|
| 11 | El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez |
| 12 | La prosa romántica: memorias, biografías, historia |
| 13 | El ensayo en la época romántica |
| 14 | El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento |
| 15 | Desarrollo de la poesía gauchesca |

Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
Facundo - Sarmiento - 200 págs.
Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.

- | | |
|----|--|
| 16 | José Hernández: el Martín Fierro |
| 17 | La segunda generación romántica: la poesía |

Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.

- | | |
|----|-------------------|
| 18 | Lucio V. Mansilla |
|----|-------------------|

Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)

- | | |
|----|--|
| 19 | La generación del ochenta: las ideas y el ensayo |
|----|--|

Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.

- | | |
|----|---|
| 20 | La generación del ochenta: la imaginación |
| 21 | La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde |
| 22 | El naturalismo: Eugenio Cambaceres |
| 23 | La literatura social: José Miró |

La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
Juvenilia - Cané - 124 págs.
Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
La bolsa - José Miró - 190 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. Los últimos románticos - 25. La vuelta del siglo: Almafuerte - 26. El modernismo - 27. Leopoldo Lugones - 28. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 29. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 30. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 31. Ricardo Güiraldes - 32. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 33. El teatro: Gregorio de Laferrere - 34. La poesía en el avance del siglo - 35. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 36. La poesía de Enrique Banchs - 37. Fernández Moreno: el sencillismo - 38. Realismo tradicional: narrativa urbana - 39. Realismo tradicional: narrativa rural - 40. El movimiento de

Martín Fierro - 41. Florida y la vanguardia - 42. Boedo y el tema social - Tercera parte: 43. La novela moderna: Roberto Arlt - 44. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 45. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 46. La crítica moderna - 47. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 48. La novela experimental: Marechal - 49. La narrativa fantástica: Borges - 50. La poesía: la generación del 40 - 51. La poesía social después de Boedo - 52. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 53. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 54. La generación del 55: los narradores - 55. La literatura actual - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadrarse.

Para el material gráfico del presente fascículo se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, del Museo Histórico Nacional y de la Biblioteca Nacional.